

Amaneceres psicosociales: la obertura del tiempo social

Jahir Navalles Gómez*

El presente trabajo pretende argumentar por una sociedad concebida en sus propios acontecimientos, cada uno reinterpretado como una experiencia compartida, como un acto de tiempo social, donde habrá de reconocerse que el tiempo tercia como el depósito social de acontecimientos significativos sumidos en una idea, un recuerdo o un afecto; gestos, palabras e imágenes pausadas, inerciales, abruptas o efímeras, cada una revalorada por los significados condensados, por los discursos coincidentes, por todo lo que se les puede reclamar a los mismos, porque ninguno de ellos será suficiente. Es así que cada sociedad se rearma constantemente, tanto en una emoción como en un sentimiento igual de disperso y correspondido, postulando entonces que la misma sociedad, bajo esta misma dinámica, es un recorrido en el tiempo social.
Palabras clave: tiempo social, acontecimiento, continuidad

Bosquejo de la sociedad disidente: la perspectiva del tiempo social

Cada sociedad se concibe en el tiempo social, esto es así porque en su propio transcurrir toda sociedad se (re)conoce, recupera extractos, episodios, sentires y juicios, así como esperanzas; y sucede, a la par, que de la esencia de la cual se desprende cada evento ocurrido se va esbozando una estela en la que se plasman, más allá de los grandes héroes vueltos personajes inmortales, de los eventos que sucedieron un día, hora o mes específico, de las caídas o desastres económicos que marcaron una época (el año 1994 en la sociedad mexicana sería un buen ejemplo) series,

* Maestría en Psicología Social, Universidad Autónoma de Querétaro y Departamento de Sociología y Trabajo Social, Universidad Autónoma de Tlaxcala.

eslabones, encantos y desencantos que vuelven sólido lo etéreo del tiempo que ha pasado, que ha concurrido, donde han confluído ideas y sentimientos colectivos y que remontan tanto lo eterno y duradero como esa psicología de los pueblos (*Völkerpsychologie*) de la cual hablaba en 1912 el vituperado psicólogo Wilhelm Wundt (Boring, 1979 [1929]; Hother-sall, 1984; Farr, 1996) o lo que deviene de alguna civilización remontada (Elias, 1977), presentando a su vez a su contraparte como aquellos que fueran intangibles, y que son todos esos contenidos tan efímeros, supuestos e inaprensibles que se rearmen bajo un sentimiento, tiempo social susurrado valdría llamarlo, sin intentar reclamarlo –idea parecida a la referida en algún instante por Octavio Paz (1993).

El tiempo social –a diferencia del tiempo *fiscalizado* a la manera de Galileo (Elias, 1984), a decir de Ramón Ramos (1992: XI)–, es sólo una metáfora expresiva y muy cómoda, la cual no promulga un tiempo exclusivo, sino una secuencia donde en forma más afable se resaltan los aspectos temporales de la realidad social. Es el transcurrir de la sociedad en sus propios rasgos temporales. Para fines psicosociales el tiempo social se concibe como la vía, el tren y el pasajero que van sobre el camino, observando, aspirando, reflexionando y murmurando, algunas veces gritando, lo que sucede en el trayecto, reflejándose, omitiéndose, reconociendo algunas veces los inicios; intentando, casi siempre, advertir un final. Y es el acontecimiento plasmado o la situación conformada lo que describe el tiempo dispuesto, sujeto de amenazas o de exabruptos que lo remitan a un final o que lo orillen a concluir. Se dirá que todo evento deberá, entonces, consumarse; sin embargo, por la carga afectiva evocada, depositada, anclada, bosquejada en el tiempo, ese acontecimiento, cada acontecimiento, reclama la idea de continuidad.

Es así que en tan sólo un instante (Bachelard, 2000 [1932]), alrededor de lo que ha sucedido, el pasado se vislumbra en el pasaje del tiempo social, en aquella imagen que según William James (2004 [1890]) insinuaría la evocación y en ella, cada parte, elemento, personaje descrito, sociedad recurrente, pensamiento vuelto movimiento –como en 1934 diría Bergson (1950b)–, prenda o aroma; como ese sabor de la infancia sobre el que escribe Proust, aquella última palabra que se dicen los enamorados al despedirse, ese vislumbre ritual que queda al salir de casa, que encamina el recuerdo. El rearmarlo y sufrirlo nuevamente porque se reclama su retorno; porque ese acontecimiento expuesto marca el camino a seguir y el tiempo mismo que se requiere o se dispone para continuar, sea con el proyecto,

la idea o la oración incompleta, porque no hay más presencias que se encuentren en ese sendero recorrido, y el empeño por buscarlas es lo que hace que todo sea pausado o acelerado, abrupto o cándido, fugaz hasta no poder tocarlo, o con toda la lentitud para llegar a contemplarlo, tanto es así que habría que preguntarle por ese instante a Momo, aquella niña-personaje descrita por Michael Ende (1973).

Y más allá de la ficción, lo que de manera velada describe Ende a partir de su *Momo* es encontrar lo que el tiempo pudiese encerrar en algún momento y el grado de la velocidad con el que estaría impregnado es lo que delimitaría, en un principio, una sociedad. El tiempo visto desde Momo, esa extraña niña no especialista, es uno que mientras transcurre no es prácticamente el mismo, es un tiempo dado en diversas dimensiones, entre las que resalta esa que lo rebosaría, en el cual de lo que se trata es de rellenarlo (“re” porque ya estaba lleno) de eventos que no causan ningún sentido, reacción, mezcla o revoltijo afectivo, y que sería la forma ideal para dar cuenta de él, ya que con base en la saturación se pretende colmarlo. Se trata entonces de no dejar tiempo que se preserve, sino uno que siempre estará en función de “algo”, para que ni siquiera se permita un respiro para volver la mirada.

Y en un segundo plano, Ende reconoce un “tiempo intermedio”, ese que existe entre Momo y sus posibles captores, el cual es la diferencia y el significado velado del tiempo, en el cual las diferencias por poder hacer algo pueden ser desprendidas y donde paradójicamente no es un tiempo ajeno, sino que es el mismo tiempo supuesto, donde caben preguntas y las conclusiones surgen, las respuestas tercián como actos y comunicarlos o ejecutarlos hace que el tiempo social se remonte. Luego entonces el tiempo queda como un acontecimiento psicosocial.

Así las cosas, al intentar concebir el tiempo como una entidad psicosocial, lo cual es la sugerencia de este texto, se intenta volver la vista para encontrar en ese fragmento de sí algún significado que pueda sugerir una clave para darle sentido al presente; el pasado entonces puede ser remontado, reargumentado, aludido. Con la disposición de contemplar, engarzar, rastrear, de nuevamente mirar lo que ya se ha visto, uno bosquejaría el recuerdo, proyectando el terreno que ha cimentado al tiempo social para el actuar, evitando que lo que se vio, escuchó, palpó y que fue doloroso, indignante, inimaginable, encantador, impresionantemente hermoso, vuelva o no a ocurrir, porque de eso está recreado el tiempo, de esos sucesos y miradas alrededor, de las que nadie sabe nada y que sin embargo se

reconocen porque estarían exigiendo una respuesta o una pregunta: el por qué y el cuándo aparecieron.¹ Esos eventos, aun cuando nadie los comente, son parte del sendero que recorre el tiempo social.

Porque los significados y el sentido descritos pueden condensarse igualmente en la reconstrucción de la mirada conjunta,² esa que queda plasmada en ese lado fascinante que musita la vida diaria, como lo que perdura de la caricia perfecta o de la frase exacta, el abrazo hecho tiempo invaluable, y que muchas veces serán inapreciables, por imperceptibles, hasta el momento en el cual el encanto que surgió de ellos surta su efecto; vale así recapitularlo colectivamente, intentando volver a compartir, a convivir bajo ese acontecimiento hilvanado de tiempo, y este argumento ya lo había conspirado a su vez Octavio Paz (1993: 28) cuando dijo: “El tiempo de un suspiro: una eternidad”, o lo que bien propone desde la vida cotidiana el cronista “erudito” Carlos Monsiváis: “¿Para qué acelerarse si el danzón es el tiempo del mundo a disposición de una pareja?” (1992: 47).

¹ Las cruces en el desierto de Ciudad Juárez, Chihuahua, la permanencia por tanto tiempo de campos de concentración –tanto los virtuales, los no aceptados (Vidal-Naquet, 1987) y los clandestinos (Calveiro, 2001)–. Por qué nadie habló (hasta ahora) de las matanzas impunes, de las injusticias locales, de los abusos de autoridad en su país. Cada cual un relato que intenta permear en la conciencia, y que recurre al tiempo en un afán de ser interpretado, vislumbrado. Es así que todo relato desprendido en el tiempo toma forma y aduce contenidos en el testimonio que, como narración gradual, confronta y recupera los eventos acaecidos. La relevancia del testimonio es crucial para la recreación de un recuerdo, y es tanto como decir que alguien más “estuvo ahí”, que ese evento enmarcó las vidas y que sucedió, también, en esta “otra” forma que lo está relatando. A ciencia cierta, y sin intentar ser exhaustivos, un testimonio describe lo que fue; localiza y reconoce el lugar de paso de la memoria colectiva; es una manifestación cabalmente apegada a un cierto evento. Y, como dijera Halbwachs, por ello es que existen múltiples memorias (Aguilar, 1992), así en plural, que son la alusión incompleta a la vivencia, y su relevancia es que se permiten desgarrar el discurso histórico “oficial” introduciendo discordancias y “nuevos” argumentos, volviéndose la novedad incómoda para ese presente que ya estaba establecido.

² La dimensión de “lo humano” aparece en las pausas y en la reaparición de la sociedad mediante los testimonios, a partir de la figura del “testigo”, porque se transforma y se presenta como la huella de lo sucedido, el sobreviviente que necesita contar, también, su versión. Señala Jelin que: “los sobrevivientes pueden hablar desde lo que observaron. [...] los sobrevivientes pueden dar testimonio como observadores de lo acontecido a otros y, al mismo tiempo, ser testigos de sus propias vivencias y de los acontecimientos en los que participaron” (2001: 80) y como muestra de ello están Primo Levi o el maestro José Revueltas en el ’68 mexicano. El testimonio como un ejercicio de la memoria requiere tiempo, el paso del tiempo es lo que permite tener interlocutores interesados, inmersos, críticos e insuficientes para dar cuenta de los eventos que históricamente marcaron a toda sociedad, y que sirven para reconocer la propia capacidad y relevancia del testimonio, del recuerdo.

Sobre ello se pueden concebir conclusiones distintas de las propuestas por el historiador francés Fernand Braudel³ en su argumentación sobre *la larga duración* (1989a [1958]), percibiendo acompasadamente esa otra cara de la moneda en la que se asienta la sociedad, esto es, resignificando el mismo escenario del tiempo social, definido así por el historiador: “El tiempo social es, sencillamente, una dimensión particular de una determinada realidad que yo contemplo” (p. 99), habría que agregarle que además se comparte, o se puede diluir en la desesperanza, en la desilusión, en el coraje –del por qué sucedió y sigue sucediendo– o en los oídos sordos de los que no quisieron ni quieren escuchar esa realidad.⁴ Una realidad que requiere tiempo; eso apela a la permanencia de toda sociedad.

³ Sin el mínimo afán de personalizar una teoría, es obligado citar ciertos antecedentes: Braudel, discípulo y continuador de la tradición en la aproximación histórica realizada por Lucien Febvre y Marc Bloch, propone e introduce ciertos elementos que bien pueden ser argumentados psicosocialmente, enriqueciendo así la discusión. Con una influencia explícita de varios estudiosos, entre ellos Marcel Mauss y Frederic Ratzel –aquél mismo que influyó a Wundt (2000 [1912])–, con coincidencias tácitas con el historiador belga Henri Pirenne y con una aversión pública hacia Max Weber, Braudel rearma la historia a partir del tiempo social, ejemplo de ello es lo que compendia Peter Burke (1990: 42), donde el historiador francés refería: “...una historia cuyo transcurso es casi imperceptible [...], una historia en la que todo cambio es lento, una historia de constante repetición, de ciclos permanentemente recurrentes”. Y acota la discusión de esta manera: “El verdadero objeto de estudio es esta historia ‘del hombre en su relación con el ambiente’, una especie de geografía histórica o, como Braudel prefiere llamarla, una ‘geohistoria’” (p. 42). Máximo defensor de sus propios planteamientos y tenaz en sus argumentos, Braudel aclara, y permítasenos citarlo *in extenso*: “Creo en una realidad de una historia particularmente lenta de las civilizaciones en sus profundidades abismales, en sus rasgos estructurales y geográficos [...] más lenta aún que la historia de las civilizaciones, casi inmóvil, existe una historia de los hombres en sus relaciones estrechas con la tierra que los sustenta y nutre: es un diálogo que no deja de repetirse, que se repite para durar, que puede cambiar y cambia en la superficie, pero prosigue, tenaz, como si tuviera fuera del alcance y la mordedura del tiempo” (Braudel, 1950, cit. en Revel, 1996: 72).

⁴ La indignación proviene de la banalización de todo acontecimiento, sea impuesto, sea sugerido; un desgaste, un agotamiento que lo vuelve lejano, distante, ajeno, y que proviene de su cuantificación gradual, la asimilación, la aceptación y el conformismo que envuelve a las ausencias, el asentir en el plural de la muerte (muertes = muchas, varias, incontables) serán un buen ejemplo, de ahí surge la responsabilidad y la importancia del testimonio como acto comunicativo, Alain Finkielkraut (1996) extrae de una novela lo dicho: “Cuando desaparecía alguien del mundo de los vivos, otro no ocupaba inmediatamente su lugar para hacer olvidar al muerto, había un vacío donde él faltaba, y los testigos próximos o lejanos de su desaparición se quedaban desconcertados cada vez que su mirada se topaba con ese vacío” (p. 92), las ausencias que marcan toda una presencia pero que cuando sólo llegan a registrarse, una tras otra, o en cantidades estratosféricas, macabras, criminales, es que entonces cada ausencia pierde toda presencia, por ello es más cruel la realidad que la ficción, la narración. El testimonio de Pilar Calveiro permite vislumbrarlo: “Diez, veinte, treinta mil torturados, muertos, desaparecidos

Pasajes y episodios son entonces los que se encuentran en el tiempo social, imágenes y representaciones de la vida compartida, de lo narrado, de lo descrito, de lo impuesto, bajo lo que alguien cuenta, remonta; así tiene cabida un grupo, colectivo o comunidad, que se reconoce y que destila una identidad que se sustenta en recuperar su pasado; ése es el postulado central de la memoria colectiva (Halbwachs, 1925; 1950), cuyo propósito e intención es más bien su reinterpretación con matices del presente. Con todo ello se vislumbraría y a la vez se desvanecería esa identidad (Garzón, 1998: 22).

Es ése el eslabón entre el tiempo social y la memoria colectiva, porque en la búsqueda, redención, disolución, aniquilamiento, los instantes esriban en los propios eventos, y cada uno es todo un acontecimiento, ya que en ellos, desde ellos, por ellos, se circunscriben tanto los significados compartidos como el sentido expreso; ahí está el instante mismo jugando con la realidad para mantenerla hasta lo último; ese instante, bien a bien, como *tercia* Abbagnano (2000 [1961]: 686), será una especie de encuentro entre el tiempo y la eternidad. Y esa esencia propia del tiempo social la complementa William James cuando menciona: “...una cosa vista sólo una vez en la vida puede dejar en la memoria un recuerdo indeleble” (2004: 229); una premisa se deriva de todo ello: “que todo lo que es simple, todo lo que es incluso durable, será el don de un instante” (Bachelard, 2000: 31). Lo sencillo y lo complejo de toda situación quedan y embisten cada recuerdo, emplazados tal cual sonrisa, empecinados como los berrinches y las desilusiones entre enamorados, perpetuos e inconcebibles –como dicen debe ser el amor maternal o paternal–, redundantes vías entrecruces –como la noción céntrica de las ciudades– o impactantes –creando imágenes estupefactas como lo que en esencia se prescribe en el dolor

[...] en estos rangos las cifras dejan de tener una significación humana. En medio de los grandes volúmenes los hombres se transforman en números constitutivos de una cantidad, es entonces cuando se pierde la noción de que se está hablando de individuos” (1998: 30), de ahí surge la noción del soldado desconocido (Finkelkraut, 1996: 90-91), de las cifras y del anonimato de lo ocurrido, bajo el cual siempre, después de que las voces están dispuestas a hablar, se clama porque todo desaparecido sea un personaje, un protagonista, una persona, un nombre. Así, siempre existe “el otro lado de la moneda”, donde resurgen las versiones que requieren oídos para ser escuchadas, sustentadas en la perseverancia, en el tiempo social: “ las larguísimas listas de desaparecidos, financiadas por los organismos de derechos humanos, que se publicaban en los periódicos argentinos a partir de 1980, eran un recordatorio de que cada línea impresa, con un nombre y un apellido representaba a un hombre [o mujer] de carne y hueso que había sido asesinado. Por eso eran tan impactantes para la sociedad. Por eso eran tan irritativas para el poder militar” (Calveiro, 1998: 30).

social—. Según lo anterior, bien cabría aventurar que tanto el tiempo social y la memoria colectiva se engarzan en la forma etérea de los acontecimientos sociales (Halbwachs, 1950); porque mientras se vivencien serán recordados, mientras sean un recuerdo reconciliarán contrasentidos. Cada recuerdo sugiere una ausencia y reclama presencias, y ellas provienen del vaivén pospuesto, intermedio, condensado en el tiempo al cual se recurre para transcribir las vivencias, las ajenas, las propias, cualquiera que se demanda en las voces de la vida social.

De regreso al discurso sobre la duración temporal, Braudel señala y critica el uso indiscriminado de los acontecimientos; así les llama él a los sucesos del día a día, en la historia (de ahí su aversión)⁵ y plantea a la larga duración como la base sobre la cual se edifica el presente, donde existe un hilo conductor que supone y soporta el devenir, porque esa actualidad, esta actualidad, proviene de muchos pasados: “Cada ‘actualidad’ reúne movimientos de origen y ritmo diferente: el tiempo de hoy data a la vez de ayer, de anteayer, de antaño” (p. 76). Entonces los cimientos de cualquier sociedad se juntan, cargan, levantan, en el tiempo social, las costumbres y los mitos. Según Wundt (1990 [1912]) y el mismo Braudel (1989a) serían los ejemplos recurrentes. Aunque es Norbert Elias (1977) quien complementa el cuadro cuando señala que todo elemento es igualmente relevante para poder dar cuenta de lo que ha sucedido: la remisión mutua entre los objetos y las personas, las personas y sus relaciones, sus relaciones y su pensamiento, su pensamiento y su forma de conllevarlo, lo cual hace que irremediamente se hable de “composiciones” (pp. 44-45), esas mismas convenciones colectivas que bien pueden dar cuenta de la “larga

⁵ Parece que las coincidencias también se dan entre la forma de concebir el tiempo y su permanencia, entre lo retraído y permanente, lo efímero y banal de un acontecimiento, la metáfora, la ironía y la narrativa que confirma lo anterior, o ya someramente lo pone a discusión; queda entre las semejanzas que proponen el mismo Braudel y el filósofo James, habrá que citarlos por ello: “...recuerdo una noche que pasé cerca de la bahía, envuelto en los fuegos artificiales de fosforescentes luciérnagas; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, volvían a brillar sin procurar a la noche una verdadera iluminación. Lo mismo ocurre con los sucesos; más allá de su brillo, prevalece la oscuridad” (cit. en Burke, 1990: 40); y el estadounidense arguye así también: “Nuestra conciencia sería como el destello de una luciérnaga, que ilumina el punto que cubre en ese instante, pero dejando todo lo demás en completa oscuridad” (2004: 484). Véase en ello que cada uno habla de dos elementos que proveen y dan contenido al tiempo, y la luciérnaga sirve, a su vez, en este ejemplo para hablar de lo intensivo y lo extensivo de un acontecimiento.

duración” (Braudel, 1989a: 60 y ss.) porque lo que le incumbe a ésta es, como acotaría el psicólogo alemán Wundt: “...allí donde la costumbre por su duración se hizo permanente” (1990: 40).

Para Elias (1977) esas “composiciones” minúsculas, pequeñas, medianas, cambian gradualmente a una velocidad imperceptible y aun con su transformación acompasada permanecen, porque se han vuelto lo que comúnmente se reconoce como una costumbre, una forma expresiva que data y tiene arraigo, una esencia que se ha afianzado, por ende, la velocidad de transformación es proporcional al tamaño de la composición, por ello las civilizaciones, los emplazamientos o cada sociedad se transforman tan lenta y paulatinamente: la democracia en México, las novelas de James Joyce o los matrimonios que llegan a sus bodas de platino serían el ejemplo exacto; esto es así porque no son únicamente los recursos materiales los que mutan, sino también el pensamiento, los afectos y lo que hace que la sociedad se reconozca a sí misma, la memoria compartida.

Los objetos, pertenencias y cosas que persuaden el juicio, todo lo que devenga materialmente una evocación, serán menos pesados de cargar que cualquier pensamiento en sí o que cualquier recuerdo; será más fácil omitir la fecha de la agenda que borrarla de la conciencia, algo parecido postulaba William James: “...muchas cosas las pensamos como pasadas, no porque tengan una cualidad intrínseca, sino más bien porque están asociadas con otras cosas que para nosotros significan pasado” (2004: 484). Ésa es la esencia del tiempo social: acarrear, sustraer, provocar que algo quede incompleto porque es paulatino y la forma de nuevamente remontarlo proviene de lo extenso o de lo lacónico, de ser a la vez intenso para compensarlo, de adentrarse y resurgir de la profundidad del instante –según aludiría Bachelard (2000)–, cuantas veces sea necesario, Ésa es la sugerencia y eso es lo sorpresivo del tiempo social, de la mirada en él y a través de él, así lo describiría Cortázar en alguno de sus personajes: “¿cómo pude haberte narrado mi vida en tan sólo dos minutos?”.

La reconstrucción del tiempo social provoca la reinención en él mismo para actuar en consecuencia y para que de acuerdo con el juicio de la sociedad, como sea que ésta se conciba, este o aquel acontecimiento se vuelva, o no, a repetir. Pareciera entonces que la vida social se pone en tela de juicio, el tiempo social, entre las presencias, desde sus vacíos, reconstruye paso a paso o aceleradamente la forma de sociedad que se requiere, aún más, la que se necesita para poder sobrevivir.

El instante psicosocial del recuerdo, la perennidad de lo histórico

La propuesta histórica braudeliana sugiere tres niveles del tiempo social,⁶ para ello dispone de un tiempo corto, otro con una mediana duración y finalmente la base en la cual se descubren los otros dos: *la larga duración*. Cada una da cuenta de diversos eventos, de los acontecimientos, las coyunturas y las estructuras, en estas últimas está anclada la larga duración, y su reflexión desde los estudios históricos ampliaría el panorama que sobre las concepciones de lo social o colectivo se habían desarrollado, pero no será suficiente.

Y es que no necesariamente la vida social está sustentada en ese tiempo hecho de sucesos, de cambios y postulados sociales, económicos, políticos, de los que siempre se esperará algo, a los que se les exigiría vaticinar su final, los cuales puede uno argumentar por sus orígenes visibles, proyectando así una sociedad dependiente de su tiempo y de sus ideologías. Excelente propuesta para referir lo económico o lo político, mas algo incompleta cuando se intenta dibujar la esencia de la sociedad, ésa de la que uno no se da cuenta hasta que ya es demasiado tarde para remontarla. Así habrá de reconocérsele lo novedoso: que cada tiempo plantea una velocidad cada vez más pausada alrededor de la sociedad, y los eventos históricos algunas veces darían la impresión de ser intemporales porque casi siempre el movimiento que deviene no es percibido.

⁶ La originalidad en la propuesta braudeliana radica en que transfigura los elementos, los contenidos convencionales, en la historia económica. Sin la mínima intención de prescindir de ellos va hilvanando la historia con las categorías “clásicas”, es decir, “las categorías de ‘agricultura’, ‘comercio’ e ‘industria’ y se pone a considerar la ‘vida cotidiana’, a ‘las personas y las cosas’, ‘todo cuanto la humanidad hace o usa’: alimentos, vestidos, viviendas, herramientas, dinero, ciudades, etcétera” (Burke, 1990: 51). La pauta a seguir es una que se sustenta en dos conceptos centrales: la vida cotidiana y la civilización material. Las críticas por supuesto no se hicieron esperar, enfocadas en ese tiempo largo que refería y alentaba una “inmovilidad histórica”, que, como señala Jacques Revel (1996: 72), tenía toda la forma de: “...las pesadeces, las inercias [...], las evoluciones imperceptibles, con la convicción de que en ese nivel se ubican las realidades verdaderamente importantes”. Este autor recapitula, resaltando la relevancia, el trabajo y la propuesta braudeliana: “Su primero, su mayor libro, *El Mediterráneo y Felipe II* (1949), es sabido, está organizado en tres grandes partes. La primera está dedicada al tiempo casi inmóvil del medio geográfico del mar interior y a las condiciones casi permanentes que ha propuesto a la actividad de los hombres; la segunda trata acerca del tiempo social, en particular el de las fluctuaciones económicas que acompañan y orientan esta actividad a la escala del siglo, pero también el de los estados y las sociedades; la última reubica los acontecimientos y la acción consciente de los hombres y se propone comprenderla a partir de las tramas precedentemente valorizadas” (Revel, 1996: 72).

Y sobre ese tipo de eventos es que se ancla la vida colectiva, la que se vive diariamente, y que se difunde entre las voces e imágenes, en la incertidumbre y la impotencia ante la muerte, en las expensas, las disculpas a des-tiempo, los suplicios de la gente, todos ellos eventos que tienen su propia esencia, algo que puede perdurar o diluirse de las conciencias, de esas que lo han vivido, de aquellas que lo han sufrido, de estas que intentan dar cuenta de él.

Valdría aclarar que en la argumentación de Braudel, cada evento histórico es el que bosqueja una velocidad temporal que va de lo inmediato y efímero hasta lo permanente y contemplativo,⁷ recreando así lo que el tiempo social expone; luego entonces, la forma ideal para hablar de la velocidad del tiempo es a partir de los sucesos que se encierran en él mismo, aquellos que se pudieran estirar lo más posible –porque uno quiere que duren para siempre– o reducir –porque ya no se quiere saber nada más de ellos o porque son incomprensibles en ese presente–; y esto bien se destinaría a cada acto significativo, a todo evento compartido, esto es, una canción, un desengaño, un enfrentamiento, un amorío, una guerra, los conciertos o las épocas que se espera que nunca terminen, por ello tanto los “solos” del finado John Bonham –baterista de Led Zeppelin– en cualquiera de sus canciones, el conflicto autonombrado “zapatista”, el no besarse al despedirse y la década del “disco-fever” son una forma de acontecimientos, porque son de diario, porque han durado siglos, porque conllevan, comparten y confirman significados, y tanto la rapidez como la lentitud de los acontecimientos no puede ser predeterminada por nada ni por nadie, sino que es el acontecimiento el que delimita lo que puede hacerse, o no, para mantenerlo o desaparecerlo.

La indistinción de los acontecimientos gira así en torno a que cada vivencia es digna y creíble, y como tal es un acto revelador, porque lo que se dispone son los significados que rondan cada extracto de tiempo y que delinearían un acontecimiento con visos de tangibilidad, de reconstrucción, de aceptación colectiva; y en ese andar pausado, más que nada lento

⁷ En esencia, toda la propuesta braudeliana puede ser reducida a una frase de él mismo, quien decía: “Mi gran problema, el único problema que tenía que resolver era mostrar que el tiempo se mueve a diferentes velocidades” (1977, cit. en Burke, 1990: 44). Extraño es entonces que siempre se haga referencia al trabajo de Braudel como un trabajo de mentalidades, porque según dicen: “A Braudel no le interesaban las estructuras o aparatos mentales, lo que Febvre llamaba *outillage* mental” y, si hay que ser honesto en estos avatares, existe un desprendimiento entre el maestro y el discípulo, ya que, según dicen: “...Braudel nunca mostró interés por la historia de las mentalidades” (Burke, 1990: 51).

que propone la larga duración, son las expresiones desprendidas de los actos, aquellas que suponen y sujetan el pasado, de la sociedad, persona, grupo, objeto o expresión (Giedion, 1948), civilización (Braudel, 1989b [1959]; Elias, 1977), costumbre o práctica-ritual (Wundt, 1990). Reintroducir el tiempo como el eje y el depósito, el ancla y el sendero de la vida social merece entonces una advertencia, lo que se intenta por su intervención es que, como dice Giedion: “...resulte visible la continuidad de los acontecimientos. Una época que haya perdido su conciencia de las cosas que informan su vida, no sabrá dónde se encuentra ni, mucho menos, qué es lo que busca” (1948: 17).

Sucede que las respuestas a las preguntas ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, que se plantea una sociedad, tienen cabida en el tiempo social, y en cada andar, reconociendo su velocidad para contemplarlas, se presenta toda la presencia y las ausencias, todo lo intensivo de cada evento, de la distancia recorrida para poder hablar de él, deviniendo en esa forma abrupta en la que se presentó, aun sin tener conciencia de ello, donde la relevancia depositada en la temporalidad de los sucesos sirve de marco para localizar los eventos que se espera no ocurran nuevamente, pero también permite que el pensamiento social se presente aun de diversas formas o en indescribibles contenidos, como los afectos, ilusiones, emociones, sentimientos, avatares y desilusiones de lo ocurrido en algún instante, que en una mirada, un abrazo o un beso, se condensan intemporalmente y puedan marcar y guiar el presente, darle sentido, hacerlo comprensible, y que, aunque sea por ese instante, el recuerdo tenga la forma de toda la sociedad.

Esta idea remite a un acto fiel de la conciencia; para ello habrá que recurrir al fisiólogo, psicólogo y filósofo William James, quien con excelente tino y sintonía retórica lo volverá explícito, eslabonando así el tiempo social, su concepción, con los actos que sugieren la presencia de la memoria, la cual en su esencia, desde su argumentación, deberá presuponer *la reminiscencia, la evocación, el recuerdo y la retención* del acontecimiento recordado (2004: 523). Esta última acotación es la que desglosaría cualquier ejercicio de memoria: “...la retención de una experiencia no es otra cosa que dar otro nombre a la posibilidad de volverla a pensar, o la tendencia a pensarla otra vez, con todo lo que la rodea” (p. 524). La *retención* implica el (re)conocimiento de un acontecimiento, pero para que éste pueda ser interpretado como tal deberá haber durado un cierto periodo de tiempo, desde dos siglos (y unos años más) —como la injusticia y las vejaciones sufridas por las comunidades indígenas en México o la impunidad y

corruptelas implícitas en los olvidos sociales de Latinoamérica— hasta una centésima de segundo —como el coqueteo cómplice— luego entonces el eslabón entre tiempo y memoria se reconoce bajo un estado sustantivo (2004: 515).

Es por medio de sus acontecimientos que una sociedad se concibe, y no necesariamente se hace referencia a un imperio o a una comunidad, pueden ser también dos personas o el grupo de correspondencia, los que defienden y exigen sus derechos o los que reclaman “paz, justicia y libertad”. Es ahí donde se localiza la dimensión psicosocial, en los flujos y en lo que lleva la corriente, en lo intensivo y en lo duradero de los eventos, en los grupos sociales a los que remite como también en los bastimentos de la memoria, que para Adela Garzón (1998: 24) serían las catástrofes, los acontecimientos políticos y las guerras, donde se cruzarían los recuerdos y sus distorsiones, la memoria y la historia y las múltiples formas afectivas que se revelasen de ellos.

Donde no se intenta “banalizar” lo sucedido, el abordarlo permite reinterpretarlo, la aproximación, psicosocialmente hablando, busca la tónica, el flujo constante de lo ocurrido, cómo se ha proyectado, cuestionando las diversas maneras en que se llevó a cabo, las posibilidades de reconciliación, así como las dimensiones disputadas, recubriendo toda sociedad bajo la entidad del tiempo social y vislumbrándola no como un evento finalizado, sino como uno al cual le restan discursos, donde se multiplican personajes, desde el que se suman voces y relatos e irónicamente se dividen las versiones. Todo ello será acogido en cualquier fragmento, episodio, *resonancia* (Halbwachs, 1992 [1939]), frasecilla melosa o mueca infantil, desavenencia marital, donde su duración repercute y sobrepasa, vuelve entonces reconocible, comprensible y permanente cualquier recuerdo, pensamiento (James, 2004 [1890]), sentimiento (Paz, 1993).

Las fechas, que exclusivamente servirían para localizar, sobran, no así las horas significadas, los lustros apostillados, aquello que se encierra en la frase “dame cinco minutos más”, los cuales son relevantes porque serán la mismísima alusión al acontecimiento demarcado; de ahí la necesidad de comunicarlo, de expresarlo, de compartirlo, porque si el tiempo se narra para hacerse comprensible es por la necesidad de permanencia, esto es, de reconocerse en el ritmo que despliega cada acontecimiento envuelto en el tiempo y en lo breve o prolongado de los mismos.

El derrotero proviene de los actos en los que se involucra la percepción social, postulando que el acto del recuerdo no es simplemente recordar

sino también percibir: el propio Halbwachs, mentor del término memoria colectiva (Aguilar, 1992), no sólo se refería a ésta como un recuerdo, sino que la proponía como un acto que estaría escudriñando y rastreando eslabones, orquestando al pasado con la perspectiva del presente, reconciliando los tiempos y las ideas, las esperanzas y los infortunios, a cada individuo y a todo personaje invocado en el recuerdo, en el pensamiento, así, nuevamente, como Barlow (1968) señala, el único amigo de Bergson, James, propondría: “pensar en una cosa como pasada es pensarla entre los objetos o en la dirección de los objetos que en el momento presente están afectados por esta cualidad. Tal es el original de nuestra noción del tiempo pasado, sobre el cual nuestra memoria y nuestra historia [se] construyen” (2004: 484).

Es en lo etéreo del tiempo social que los acontecimientos se reconocen, porque son ahora, inapelables, son constantes, son reales porque están aquí y son consecuentes con el pasado desdeñado, vilipendiado, selectivo, omitido en relación o por ignorancia, donde cada cual es válido e intenta ser coherente y esto se debe a que la carga o el rezago que dará cuenta de la continuidad del acontecimiento, de lo extensivo que puede conllevar lo intensivo del mismo, es supuesto por las miras de la experiencia causal. Por eso es que, en 1907, Henri Bergson, diecisiete años después que su entrañable amigo, propone un desglose de la noción de causalidad (1950a), y define sus sentidos en tres alusiones, por *impulso*, por *desarticulación* o por *desenvolvimiento*. La tercera es noción de causalidad más apegada a la noción del tiempo social y el ejemplo lo da el francés en un evento por demás coloquial:

La acción gradual del resorte que hace dar vueltas al fonógrafo desenvuelve la melodía inscrita en el cilindro (supongo querrá decir acetato): si tengo la melodía que se toca por un efecto y la acción del resorte por su causa, diré que la causa procede aquí por desenvolvimiento [y así más adelante continúa] en fin, la cantidad del efecto depende de la cantidad de la causa, pero la causa no influye en la cualidad del efecto; es más, por la acción del resorte, el cilindro dará vueltas durante tanto más tiempo, cuanto más larga sea la porción que yo oiga de la melodía, pero la naturaleza de la melodía oída o de la porción que no oigo, no depende de la acción del resorte.

Así las cosas, el tiempo social es tanto la condensación como la permanencia del redescubrimiento de la colectividad.

Colectividades reiterativas, tiempos del pensamiento social

¿Cuál es el sustento del tiempo social? Esta pregunta sobrevuela la conciencia, porque si éste sobreviene en cada acontecimiento descrito en él, lo que preocupa entonces a cada grupo, personaje, individuo, mandatario, activista político, es su duración, que sea corto o que cada vez se prolongue más y más; por eso siempre vienen las rechiflas en un partido de fútbol, porque se desea que éste llegue a su fin o que esos últimos minutos sean la esperanza del equipo, por eso Bob Dylan se tardó tanto tiempo en fascinar a su público, por eso se apresuró, aun sin quererlo (eso no se sabe), a desilusionarlos; esa misma razón tienen las comunidades zapatistas y los que claman por “justicia”, “democracia” y “libertad”, lógica muy diferente a los “15 minutos foxistas” en los cuales se presumiría conciliar el conflicto.

Por ello es que existe esa velada importancia de contener al tiempo en un instante, en que pueda permanecer, en que ya desaparezca, en que su inmanencia conlleve las soluciones adecuadas, aunque algunas veces no sean las que se esperan, en que éste no se diluya entre otras tantas cosas más, en esas forzadas “coincidencias” que saturan una fecha o un lugar, perdiendo con los empalmes todo su sentido originario, en esa dinámica se encuentran cientos de sucesos, los preludios o el suspenso a una respuesta, la demora que hace extenso el acontecimiento para dejarlo pasar, mas no olvidar, y el hartazgo que se genera de esperar algo que no valdría mucho la pena.

De ahí que siempre habrá quien apele a la lentitud, porque ella es el sentido de la continuidad, que se refleja en la contemplación, y que permite revisar lo que la memoria, y quienes estén implicados en el acto de recordar, aspirar a, pretendieran retomar, porque precisamente ahí se encuentra, se reencuentra, se colude, la mirada de la sociedad que concurre, que lo observa, una necesidad imperiosa queda sujeta en la descripción del tiempo social, en la visibilidad desprendida que remonta los significados sociales de los acontecimientos vivenciados, relatados, compartidos.

Pareciera entonces que una sociedad se configura cual si fuese un reloj, desintegrando el tiempo social que es su esencia, sujetándolo en cada acontecimiento para hacerlo palpable, para reclamarle sus exabruptos y así dar cuenta de sí misma, para poder reconocerse en los otros, en los objetos, en las personas, en los rostros, en cada palabra, pero irremediabilmente esta aprehensión técnica, desgasta, obliga a que la sociedad se sature de

acontecimientos efímeros, sólo para que el tiempo sea evaluado, para señalar y citar que algo “ha pasado”, con el nulo interés por observar, por remontar, por pertenecer.⁸

Proponer a la sociedad cual si fuera un reloj para nada es una imagen tétrica,⁹ aunque sugiera una presencia técnica, mecanizada, irrelevante a menos que sea eficiente, cual resultados de producción de veinticuatro horas continuas, como lo que sucede cuando alguien o todos voltean a ver la hora en su reloj, actividad, acto social o esfuerzo que sólo se realiza porque es necesario, porque las urgencias reclaman tiempo, porque habrá que llegar, porque habrá que terminar, porque habrá que comenzar, porque lo que interesa es vivir “a la orden del día”. Pero la esencia de los relojes va más allá, sugiere comunidad, pertenencia, reconocimiento, refiere una vida colectiva (Cipolla, 1981; Elias, 1984), una que requiere visibilidad como la que dan esos relojes antiguos que persuaden toda la atención, que con el visto dado a su contemplación, el que contempla se hace uno con el mismo, con el tiempo, con la sociedad.

Ejemplos habrá que lo confirmen, donde con cada reloj se aprecie la visibilidad entre las partes y describan un atónito estupor y una irrefrenable admiración por lo que se ha visto; por eso es que las clepsidras son una maravilla, que se acaba en cuanto se congela o se evapora el agua; los relojes “de sol” de los que habrá que estar muy pendientes porque si no la sombra te alcanza y por tanto el acontecimiento corre el riesgo de finalizar, o en la misma atmósfera de tiempo espacializado de los relojes de arena, a la cual uno ve y refiere, como si la sociedad fuera la que entre las propias manos y bajo la mirada se estuviera diluyendo.

⁸ Es la mirada, la perspectiva, la visibilidad, la que enaltece, pero también la que engaña, la que bien puede concebir y mantener una falacia de la contemplación, esto es, las imágenes que se derivan en un recorrido, o en vida inercial, en la monotonía (Virilio, 1980). Y es que un sendero contemplativo, propio y exclusivo para el recuerdo, sería tan asfixiante como agotador; es el sendero acelerado que no permite remontarse, por lo que acarrear una vida como la del mentado Funes, que ya en estos avatares de la memoria se ha vuelto un lugar común, o como los niños, o adultos, adictos al Internet —o como la “posmodernidad” lo ha mentado: *ciberespacio*—, conlleva las mismas consecuencias, vale la acotación de Paul Virilio cuando cita a un especialista en efectos especiales (no dice quién): “Cuántas más imágenes hay que ver, menos se mira” (1990: 55).

⁹ La alusión a los relojes y su interlocución como expresiones de la sociedad deviene no de una visión mecanicista o sustentada en el progreso, ni es consecuencia de la era industrial o de un pensamiento apegado a ella, bosqueja más bien la distorsión de los eventos, de la vida colectiva, de los significados originales, de la saturación social y de que como artefactos, producto y conciencia social, acarreen la despersonalización, la individualización y que reduce el panorama de la vida social y de los acontecimientos en los cuales ésta se gesta; cabe entonces anticipar que el tiempo simplemente, en la actualidad, bajo y en cada nuevo artefacto, se diluye.

De ahí proviene la relevancia del tiempo; de si es largo como los regaños de los padres a los hijos, del doctor al paciente, del analista al cliente o si es corto como la obediencia de los hijos a sus padres (y en los otros ejemplos sucede lo mismo en consecuencia), de si fue extenuante como cualquier discurso político o asamblea estudiantil, de si es intenso como el abrazarse o besarse al reencontrarse, de si fue generoso porque no era necesario, de si es mezquino porque te exige algo.

La argumentación psicosocial es una que tiende o que intenta recuperar lo significativo del tiempo social, los significados encubiertos y lo sorpresivo de haberlos reencontrado, por ello es que no le preocuparán los finales ni los principios, eso es mucho más fiel reflejo de un pensamiento lineal, progresivo, horizontal, teleológicamente asumido, y del cual se desprende, sin desarticularlo, un tiempo vertical que remite a la profundidad (Bachelard, 2000) del evento, de la situación vivida, de su asunción, de su redención, de su confesión; por ello el pensamiento psicosocial está involucrado, porque lo que interesa es saber cómo es que se está gestando, sus elementos, qué se propone, qué se disgrega, y su narrativa queda sujeta al ¿cómo? Esto es así porque lo que sea tiene una presencia, la del instante evocado, la del recuerdo retenido, la de una resonancia (Halbwachs, 1992) acompasada, la de una colectividad recurrente como una forma que se supone en el tiempo; de ahí provienen las interrogantes¹⁰ que quieren cuestionarlo. Ésa es la esencia psicosocial.

La propuesta es por lo lento de los acontecimientos y entonces el término no sería algo que remite a un acto banalizado, intrascendente, sino a uno que por sus propios significados demande ser recordado, recuperado, conmemorado.

¹⁰ Valdría resaltar las proximidades cuando un cuestionamiento se hace desde diversas vertientes, su comprensión y más allá de eso su reinterpretación; remontar el presente con visos del pasado, el actuar pasado para que no se repita en el presente. Ésa bien pudo ser la intención del presente texto, plantear una crítica y volverse criticable como es que se supone todo conocimiento debe ser, por ello es que muchas veces se encuentran las analogías y se puede decir que la psicología social tendría que ser histórica, por los elementos a los que se refiere, por las vivencias que plasma, por los argumentos que no sobresalen, pero que pueden ser aludidos, así lo propone tanto el historiador Braudel: "...todas las ciencias humanas son 'encrucijadas' o, si se prefiere, puntos de vista diferentes sobre el mismo conjunto de realidades sociales y humanas. [...] Las fases de acercamiento permiten que las ciencias ya establecidas asimilen esos nuevos resultados. Así se desarrollaron la historia económica y social o la psicología social (cit. en Revel, 1996: 86-87), como lo sugiere Tomás Ibáñez: "...estos lugares se vuelven sorprendentemente similares cuando se los interroga desde unas mismas preguntas" (2001: 9).

La lentitud es frugal, porque como el tiempo se muestra extensa, recorre los mismos significados en un instante, que a su vez articula el presente y el cobijo de las miradas alrededor y que son una misma, sean entre dos o entre la audiencia. Algo similar dice Bachelard sobre el presente, y esto para nada es coincidencia, es pura relevancia, ya que señala que éste puede ser comprendido como el punto nodal del tiempo: “El presente no pasa, pues un instante sólo se deja para encontrar otro; la conciencia es conciencia del instante, y la conciencia del instante es la conciencia” (2000: 46).

Así las cosas, si se concibe al tiempo social en lo significativo de cada acontecimiento vivenciado, también existirán los extremos y los extremistas, como aquel citado por un cantante muy acostumbrado a hacer del tiempo un lugar común, cuyo nombre no tiene sentido convocar aquí y quien se pregunta ¿quién me ha robado el mes de abril?, extraño por quien pueda vivir en un tiempo con acontecimientos sin significados, entre vivencias inaprensibles; en otro caso, uno bien puede hablar de las despedidas, porque como decía Milán Kundera (1995), ahí se trata de hacerse más lentos, por eso es que las despedidas son acontecimientos tan extraños.

Ya para terminar, aun cuando el tiempo sea de lo más asfixiante, de lo más insoportable, de lo más desgastante, cuando por el reflejo de la misma situación vivenciada se sienta que te lleva la tristeza, que como decía el cantautor, y orgullo nacional, José Alfredo Jiménez, “No vale nada la vida, la vida no vale nada”, valdría la pena contrarrestarlo con algo, con la condensación del tiempo social, vislumbrando un acontecimiento inconmensurable, con la contraparte –diría finalmente William James–, y eso sería tan sólo el sonreír por sólo un segundo.

Bibliografía

Abbagnano, Nicola

2000 *Diccionario de filosofía*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México [1ª edición en italiano, 1961].

Aguilar, Miguel Ángel

1992 “Fragmentos de la memoria colectiva de Maurice Halbwachs”, en *La Revista de Cultura Psicológica*, vol. 1, núm. 1 [Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) México].

Bachelard, Gaston

2000 *La intuición del instante*, FCE, México [1ª edición en francés, 1932].

Barlow, Michel

1968 *El pensamiento de Bergson*, FCE, México [1966].

Bergson, Henri

1950a *La evolución creadora*, Presses Universitaires de France (PUF) (Bibliothèque de Philosophie Contemporaine, núm. 27), París [1907].

1950b *El pensamiento y lo moviente*, PUF (Bibliothèque de Philosophie Contemporaine, núm. 27), París [1934].

Braudel, Fernand

1989a “La larga duración”, en *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México, pp. 60-106 [1958].

1989b “Aportación de la historia de las civilizaciones”, en *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México, pp. 130-200 [1959].

Boring, Edward G.

1979 *Historia de la psicología experimental*, Editorial Trillas, México [1929].

Burke, Peter

1990 *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Gedisa, Barcelona.

Calveiro, Pilar

1998 *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Ediciones Colihue, Buenos Aires.

2001 *Desapariciones. Memorias y desmemorias de los campos de concentración argentinos*, Taurus, México.

Cipolla, Carlo M.

1981 *Las máquinas del tiempo*, FCE, Buenos Aires.

Ende, Michael

1973 *Momo*, Alfaguara-Promexa, México.

Eliás, Norbert

1977 *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México.

1984 *Sobre el tiempo*, FCE, México.

Farr, Robert

1996 *The Roots of Modern Social Psychology. 1872-1954*, Blackwell Publishers, Cambridge.

Finkelkraut, Alain

1996 *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*, Anagrama, Barcelona.

Garzón, A.

1998 “Prólogo. Individualismo psicológico y memoria colectiva”, en Darío Páez *et al.*, eds., *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 17-27.

Giedion, Siegfried

1948 *La mecanización toma el mando*, Gustavo Gili, Barcelona.

Halbwachs, Maurice

1925 *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*, PUF, París.

1950 *La Mémoire Collective*, PUF, París.

1992 “La memoria colectiva de los músicos”, en Ramón Ramos, *Tiempo y sociedad*, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)/Siglo XXI de España, Madrid, pp. 35-62 [1939].

Hothersall, David

1984 *Historia de la psicología*, McGraw-Hill, México.

Ibáñez, Tomás

2001 *Muníciones para disidentes*, Gedisa, Barcelona.

James, William

2004 *Principios de psicología*, FCE, México [1890].

Jelin, Elizabeth

2001 *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, Madrid.

Kundera, Milan

1995 *La lentitud*, Tusquets Editores, México.

Monsiváis, Carlos

1992 *Escenas de pudor y liviandad*, Grijalbo Mondadori, México.

Paz, Octavio

1993 *La llama doble. Amor y erotismo*, Seix Barral, México.

Ramos, Ramón

1992 *Tiempo y sociedad*, CIS/Siglo XXI de España, Madrid.

Revel, Jacques

1996 *Las construcciones francesas del pasado*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Vidal-Naquet, Pierre

1987 *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI Editores, México.

Virilio, Paul

1980 *Estética de la desaparición*, Anagrama, Barcelona.

1990 *La inercia polar*, Trama Editorial, Madrid.

Wundt, Wilhelm

1990 *Elementos de psicología de los pueblos. Bosquejo de una historia de la evolución de la humanidad*, Alta Fulla, Barcelona [1ª edición en alemán, 1912].

Artículo recibido el 19 de noviembre de 2004
y aceptado el 7 de junio de 2005